

ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA VISTO CON OJOS ARGENTINOS

Ningún viaje por el extranjero me ha producido la honda impresión del que últimamente he realizado por EE. UU. de Norte América. Me explico ahora el entusiasmo que en Sarmiento despertó el conocimiento de este país, lo que le valió el mote de "yancófilo". Sus compatriotas no comprendieron entonces su entusiasmo, no podían haberlo comprendido, como tampoco alcanzan a comprenderlo muchos de nuestros contemporáneos.

¿Pero qué tiene EE. UU. que tanto entusiasmo a quienes lo visitan? ¿Qué virtudes posee que no llegan a penetrar a los que solamente lo observan de lejos? ¿Será que dificultades idiomáticas impiden el conocimiento y difusión de la cultura norteamericana? No!, no es eso. Es que su encanto no está en las expresiones de sus ciencias y artes, como aconteció con la cultura europea; su encanto está en la organización de su vida colectiva, en el espíritu y en la acción de una democracia pujante; y la sensación de tales virtudes y efectos no es posible apreciarla cabalmente si no en su propio ambiente.

El temor a la potencialidad de EE. UU. y a su imperialismo manifestado con evidencia en épocas no muy lejanas, ha contribuido, es cierto, a restarle simpatías y a restringir

el interés por conocer y apreciar las virtudes de su pueblo; pueblo vigoroso, término medio no ilustrado pero sí suficientemente instruido e indudablemente culto.

En dos oportunidades estuvo Sarmiento en EE. UU.

En 1845 viajó como turista pobre durante dos meses y recorrió una buena parte del país. En 1865 volvió como diplomático, aunque por pérdida de sus credenciales hubo de hacer nuevamente de turista durante 6 meses, a la espera de nuevos documentos.

A las rápidas observaciones realizadas en su primera visita al país agregó en su segunda, que duró 3 años, observaciones y estudios más detenidos sobre la política, la instrucción pública y la organización constitucional de aquel país.

Uno de los biógrafos de Sarmiento, el escritor chileno J. Guillermo Guerra, (1) refiriéndose a su primer viaje, dice que "Sarmiento, formado escritor y político en fuentes francesas, al llegar a París se había sentido dominado por un entusiasmo fervoroso, semejante al que llena el corazón de los sectarios del Islam cuando gozan del supremo bien de posar sus labios sobre la tumba del Profeta. Pero poco después de recorrer la gran república del Norte, en la cual los padres de la democracia plantaron el árbol de la libertad en el fértil terreno de la colonización inglesa, cambió por completo el rumbo de las ideas de Sarmiento, que desde entonces no buscó su norte en las tumultuarias libertades de Francia, sino en los pacíficos y seguros progresos de EE. UU. Desde entonces fué Sarmiento un ardoroso propagandista de lo que podríamos llamar "el espíritu norteamericano" en contraposición al espíritu francés y al espíritu español, que se disputaban el dominio de los países americanos, representado el uno por las aspiraciones de progreso y libertad, y el otro por el apego obstinado e intransigente a un oscuro pasado".

(1) J. GUILLERMO GUERRA, *Sarmiento. Su vida y su obra*, p. 116. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile, 1938.

“En noviembre de 1847 partió de Nueva Orleans para La Habana y, según su propia expresión, dejaba a sus espaldas la luz de la civilización norteamericana para entrar de nuevo en las tinieblas de la barbarie española”.

Y en carta que dirige Sarmiento a su amigo Valentín Alsina (noviembre 12 de 1847) (2) le dice: “Salgo de Estados Unidos triste, pensativo, complacido y abismado. Los EE. UU. son una cosa sin modelo anterior, una especie de disparate que choca a la primera vista, y frustra la expectación pugnando contra las ideas recibidas y no obstante ese disparate inconcebible es grande y noble, sublime a veces, regular siempre; y con tales muestras de permanencia y de fuerza orgánica se presenta, que el ridículo se deslizaría sobre su superficie como la impotente bala sobre las duras escamas del caiman”.

“Para aprender a contemplar a EE. UU. — dice Sarmiento — es preciso antes educar el juicio propio, disimulando sus aparentes faltas orgánicas, a fin de apreciarlo en su propia índole, no sin riesgo de vencida la primera extrañeza, apasionarse por él, hallarlo bello, y reclamar un nuevo criterio de las cosas humanas”.

La descripción que de su primer viaje hace Sarmiento revela en él condiciones de observador profundo y de acertado intérprete de los fenómenos sociales y políticos de EE. UU., así como también clarividencia; pues percibe el porvenir grandioso y la gravitación decisiva de esa nación en los destinos de la humanidad.

El interés por EE. UU. que en Sarmiento ha despertado su primer viaje se sobreexcita al visitarlo por segunda vez.

“Un volumen necesitaría para comunicarle mis impresiones de 15 días. Es un año de vida, acumulado en horas, como en los delirios de la fiebre”. Así le escribe a su amiga Aurelia Vélez, en junio de 1865. (3).

(2) *Obras de Sarmiento*. Tomo V, p. 344. Belin Hnos. París, 1909.

(3) *Obras de Sarmiento*. Tomo XXIX, p. 28.

Para Sarmiento — y lo cito — “los norteamericanos solo pueden compararse a los romanos antiguos, sin otra diferencia que los primeros conquistan sobre la naturaleza ruda por el trabajo propio, mientras los otros se apoderaban por la fuerza del fruto creado por el trabajo ajeno. La misma superioridad viril, la misma pertinacia, la misma estrategia, la misma preocupación de poder y de grandeza” (4). “Estados Unidos — afirma — es la más grande unidad humana, en número, libertad, instrucción, riqueza e instrumentos de trabajo”.

Un historiador norteamericano Percy Alvin Martin, refiriéndose al entusiasmo de Sarmiento por EE. UU., dijo que debió verlo a través de lentes rosados pues su admiración no sólo por el sistema educacional sino hasta por las prácticas políticas no conocía límites y, a veces, resultaba un poco ingenua. (5).

Dado el temperamento apasionado de Sarmiento y sus preocupaciones por la falta de libertades reinantes en su patria, fácil es explicarse el entusiasmo que en él despertó el espectáculo de un país en pleno ejercicio de la libertad y en gigantesco trance de progreso.

Y su entusiasmo no fué cosa pasajera; 20 años después de haber regresado de Estados Unidos conversando en Chile con su amigo Luis Montt acerca de la publicación de sus viajes, le manifiesta que “había descubierto un nuevo mundo y que jamás había renunciado a su homenaje espiritual”.

Si lógico nos parece el entusiasmo de Sarmiento por EE. UU., inaceptable resulta, en cambio, concebirlo observándolo con lentes rosados, y menos apreciándolo con ingenuidad, porque era sagaz y meticulado en la observación de las cosas a la luz meridiana y franco y sin rodeos, más bien rudo, para ex-

(4) Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento. *Sarmiento*. Tomo II, p. 63. Imprenta Mescatalii. Buenos Aires, 1939.

(5) *Obras de Sarmiento*. Tomo V, p. 399.

presar sus impresiones. Y no de otra manera aparece en sus relatos sobre viajes. En ellos nos muestra al pueblo norteamericano tal como se presentaba en pleno período de colonización nacional, en franca expresión de vida, en declarada conquista de bienestar, con sus sistemas rudimentarios de justicia, con su espíritu de asociación para fines útiles, con su preocupación por la educación, con sus virtudes y sus defectos.

Y es así que nos habla Sarmiento de “llagas cicatrizadas en Europa que se abren allí”. Y lo hace sin herir a la nación, porque las considera manifestaciones propias de la especie humana. “Un pueblo compuesto de todos los pueblos del mundo, libre como la conciencia, como el aire, sin tutores, sin rey, sin ejército y sin bastillas, es la resultante de todos los antecedentes humanos, europeos y cristianos. Sus defectos deben ser, pues, los de la raza humana en un período dado de su desenvolvimiento”. (6).

“La especie humana se muestra allí sin disfraz, tal como es en el período de civilización alcanzado y que seguirá mostrándose hasta que termine la revolución que se está operando en los destinos humanos cuya delantera lleva EE. UU.”

Sin duda Sarmiento estimaba que la espontaneidad en las actitudes populares facilita el progreso moral de una nación, al hacer posible actuar a fondo en la represión de los vicios y en la exaltación de las virtudes; porque así piensan quienes desean el perfeccionamiento efectivo de la sociedad, quienes aspiran a un estado de sanidad moral real y no a una disimulación de los vicios, a una simple contención de sus manifestaciones evidentes, aunque persista un fondo de inferioridad moral que corroa el alma del pueblo.

“El mundo se transforma. — agrega Sarmiento — y la moral también, y EE. UU. ha precedido a todos los demás pueblos en añadir un principio a la moral humana en relación con la democracia”.

(6) *Obras de Sarmiento*. Tomo V, p. 374.

“Todos los moralistas antiguos y modernos han seguido las huellas de una moral que, dando por sentada, por fatal y necesaria la existencia de una gran masa de sufrimientos, de pobreza y de abyecciones, localizaba el sentimiento moral, dando por atenuaciones la limosna del rico y la resignación del pobre. Franklin ha sido el primero que ha dicho: “bienestar y virtud; sed virtuosos para que podais adquirir; adquirid para poder ver virtuosos”. (7).

Como nación, considera a EE. UU. el último resultado de la lógica humana y piensa que su prosperidad no deriva de la facilidad de ocupar nuevos terrenos porque en América del Sud, donde también la hay, no aumentan ni la población ni la riqueza. Tampoco cree que sean causa de su progreso las aptitudes de la raza sajona pues habiendo cruzado el río Niágara y llegado al Canadá ha notado allí diferencias fundamentales entre dos pueblos vecinos ambos de influencia sajona.

Pondera Sarmiento la capacidad de desenvolvimiento del norteamericano desde el momento en que se posesiona de la tierra que va a ser el plantel de una nueva familia. (8).

Refiere, a este respecto, cómo el Estado vende la tierra directamente y sin intermediarios, aplicando un mismo criterio para la subdivisión en las distintas regiones, con iguales posibilidades para todos y sin incurrir en los errores de la colonización española en Sud América que, al otorgar grandes concesiones y mercedes a los conquistadores y personajes influyentes, creó obstáculos insalvables a la subdivisión de la propiedad y a la formación de pueblos y ciudades. El yankee procura y obtiene la posesión de la tierra “en nombre del rey del mundo, que es el trabajo y la voluntad”. “El yankee ha nacido irrevocablemente propietario; si nada posee ni poseyó jamás, no dice que es pobre, sino que está pobre; los

(7) *Obras de Sarmiento*, Tomo V, p. 403.

(8) *Obras de Sarmiento*. Tomo V, p. 381.

negocios van mal; el país va en decadencia; y entonces los bosques primitivos se presentan a su imaginación oscuros, solitarios, apartados, y en el centro de ellos, a la orilla de algún río desconocido, ve su futura mansión”.

Destaca Sarmiento que la “aldea es el centro de la vida política, como la familia lo es de la vida doméstica. EE. UU. está en ella con todos sus accidentes, cosa que no puede decirse de nación alguna”. “La aldea francesa o chilena — agrega — es la negación de Francia o de Chile, nadie quisiera aceptar ni sus costumbres, ni sus vestidos, ni sus ideas, como manifestaciones de la vida nacional”. (9).

El espíritu de progreso es innato en el pueblo norteamericano; de ahí “su aptitud para apropiarse, generalizar, vulgarizar, conservar y perfeccionar todos los usos, instrumentos, procedimientos y auxilios que la más adelantada civilización ha puesto en manos de los hombres. No hay rutina; por el contrario, una predisposición a adoptar todo”. (10).

Examina Sarmiento las características del desarrollo industrial y refiere que cuando una industria norteamericana vése obligada a luchar contra la extranjera montada con grandes capitales y mantenida con el trabajo mal retribuido, no lo hace disminuyendo salarios sino, al contrario, empleando obreros más capaces, y medios más ingeniosos para el mejor rendimiento del trabajo y perfección de los productos.

Observa, también, cómo el norteamericano es activo hasta para divertirse. “Nace viajero y el furor por viajar aumenta año a año, lo que se traduce en prosperidad”. “Las obras públicas, ferrocarriles, puentes y canales que se ejecutaban en 1844, apunta Sarmiento, importaban ochenta millones de dólares y, con respecto al año anterior, acusaban un aumento de cuatro millones”. Los hoteles en ciudades americanas y aún en aldeas le llaman la atención pues adquieren propor-

(9) *Obras de Sarmiento*. Tomo V, p. 353.

(10) *Obras de Sarmiento*. Tomo V, p. 358.

ciones de magnitud y comodidad no alcanzadas en países europeos y constituyen un símbolo de actividad. "Pueblos estacionados no necesitan hoteles". (11).

Pero hay otro factor importante de progreso que Sarmiento destaca y es el que más lo entusiasma: las escuelas, la instrucción pública, base de la verdadera libertad.

"Es a través de las instituciones educacionales, expresa, que los hombres libres de Norte América han podido alcanzar un estado de perfección o, mejor dicho, de fausto, que es desconocido para el resto del mundo".

Es oportuno recordar que Joaquín V. González, otro pensador argentino y obrero de la cultura, llamó "espíritu eficiente y animador a ese espíritu que ha logrado inculcar en todas las clases sociales de esta gran república, la enseñanza continuada de todos los institutos en concurrencia". Es que a los yankees preocupó no solamente la instrucción elemental sino también la técnica y superior, y toda concepción de lo útil y necesario no se tradujo en ellos en simples enunciados o programas, sino en realizaciones efectivas.

Ya los primeros colonos supieron apreciar el valor de la instrucción, y contribuyeron con su dinero a la creación y mantenimiento de los institutos de enseñanza. Y el aporte particular, primeramente para la enseñanza y luego también para la investigación científica, fué aumentando a medida que el país progresaba, hasta alcanzar, hoy en día, a sumas fabulosas.

Las universidades norteamericanas pasan actualmente de mil, distribuidas en toda la extensión de su inmenso territorio. Varias de ellas fueron fundadas en tiempos de la colonia por los mismos colonizadores ingleses, preocupados no solamente de trabajar la tierra sino también de cultivar el espíritu — Harvard, por ejemplo, en 1636.

Muchos de los líderes, oriundos de Inglaterra, supieron

(11) *Obras de Sarmiento*. Tomo V, p. 362.

organizar en su nueva patria, primeramente escuelas regidas por los principios pedagógicos ingleses y luego universidades del tipo inglés, es decir, caracterizadas por un régimen tutorial y por la comunidad de profesores y alumnos en “campus” o ciudades universitarias, donde se facilita la adquisición de los más diversos conocimientos al mismo tiempo que se educa socialmente a los alumnos.

A principios de este siglo compenetrados los universitarios norteamericanos de la importante función de la investigación científica, tomaron el ejemplo de Alemania y la instituyeron orgánicamente; tal ha sido su desarrollo en menos de cincuenta años que EE. UU. ha llegado a ocupar en esa actividad el primer puesto en el mundo.

El espíritu de asociación es otra característica del pueblo norteamericano que Sarmiento destaca: “Donde se reúnen unos cuantos yankees, dice, formulan las bases de una asociación; la obra empieza y progresa rápidamente, material y espiritualmente” (12).

La falta de este espíritu de asociación en los sudamericanos venía preocupándole desde hacía tiempo. Algunos años antes de su primera visita a EE. UU. y con motivo de la fundación en 1841 de una entidad juvenil en Valparaíso (13) en un artículo publicado por el “Mercurio” de Chile, Sarmiento se preguntaba “si el espíritu de asociación ha engendrado la libertad, o si esta última ha hecho nacer aquel”. “Lo cierto es, afirmaba, que las asociaciones sólo existen en los pueblos donde se goza el inestimable bien de la libertad, o sólo hay libertad donde el espíritu de asociación ha descendido entrañándose hondamente en las costumbres”. Afirmaba que “desde el momento que unos cuantos hombres se asocian, la idea se manifiesta y hace sentir lo que puede hacer la

(12) *Obras de Sarmiento*. Tomo V, p. 398.

(13) Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento. *Sarmiento*. Tomo II, p. 12.

fuerza colectiva de muchos individuos. Si se habla se piensa — decía — y si se piensa, el deseo de obrar viene como un corolario necesario de aquello que es opinión recibida y en que están todos contestes. Nada contribuiría mejor a la reforma de los abusos, a la adopción de mejoras de reconocida utilidad pública, que este espíritu de asociación aplicado a intereses comunes”. Y agregaba: “el sistema colonial *nos ha habituado a esperar todo* de las autoridades constituidas; sin pararnos en que en materia de progresos incumbe a los gobernados promoverlos y allanar el camino para su realización”.

“Las asociaciones han producido en todas partes bienes inestimables siempre que hayan tenido un fin sincero y noble, e inmensas serían las ventajas que proporcionaría a nuestra sociedad la introducción en nuestras costumbres de este *agente de libertad y progreso*”.

“De este modo gobierna el pueblo, trabajando directamente y sin la intermisión de autoridad alguna, en procurarse su bienestar. No es esta una teoría irrealizable, es un hecho existente en donde quiera que el pueblo es todo y el gobierno lo que debe ser. Si en Norte América algún embarazo interrumpe el pasaje en la vía pública, deteniendo la circulación, los vecinos se reúnen en el momento en un cuerpo deliberante, de cuyo seno saldrá un poder ejecutivo que remediará el mal, antes que a nadie le haya ocurrido la idea de una autoridad preexistente a la de los asociados. Lo mismo sucede para la seguridad pública, comercio, temperancia, industria, moral y religión”.

Y esta modalidad resolutive y asociativa que admira Sarmiento en 1841, es dable observarla en todas las épocas y con variados motivos.

“La Prensa” de Buenos Aires en marzo del año pasado, en una serie de editoriales a propósito de alarmantes inmoralidades administrativas y políticas en el país, señalaba con elevado espíritu y singular oportunidad, los deberes de la democracia y los procedimientos pacíficos para corregir sus

propios defectos derivados del desacierto de los partidos en la elección de representantes, que aunque legítimos, resultan a veces inmorales o ineptos. Incitaba también "La Prensa" a una "cruzada argentina contra la corrupción que va ganando a las agrupaciones cívicas, a los grupos representativos y a las posiciones públicas en general".

Como ejemplos de corrupción política y administrativa recordaba los promovidos por "Tammany Hall", agrupación que se apoderó del partido Demócrata en Nueva York, y de la pandilla del "Gas Ring" que se adueñó del partido republicano en Filadelfia. La corrupción rebeló a las gentes sanas, las que asociándose llegaron a desalojar con el arma del sufragio a los malos elementos. Para no abundar en detalles solo mencionaré que en Filadelfia se formó una "Asociación de Reforma Municipal", de la cual surgió el "Comité de los Cien", hombres de negocios y profesionales dispuestos a jugarse la vida y hacienda en una heroica cruzada contra la corrupción política.

Reacciones de este género son las que necesita nuestro país para salir de la mala situación actual. El mal de nuestra patria radica en la inmoralidad de unos y en la inacción de otros. Mientras los partidos políticos manejen masas de aspirantes a puestos públicos y a situaciones oficiales, que por una desviación moral se han hecho remunerativas, la reacción no es de esperarse; ya lo hemos visto. Es necesario que reaccionen las gentes que viven de su trabajo (obreros, comerciantes e industriales) y los que, por estar en formación, persiguen un ideal; me refiero a la juventud, a los estudiantes. La juventud sobre todo, debe desviar su mirada de los espejismos con que se le presentan todas las doctrinas extremistas, para nutrir su espíritu en las obras inmortales de tantos argentinos ilustres que se inspiraron en un altísimo concepto acerca del hombre, de la familia, de la sociedad y del Estado. Refirmar en el pueblo aquellas sanas ideas es la tarea de los argentinos de hoy y para su cumplimiento es aconseja-

ble el espíritu de asociación que se observa entre los norteamericanos, así como su actividad práctica y realizadora.

Para curar al país de los males que lo aquejan no debe, pues, pensarse en la violencia que no resuelve el problema y, en cambio, crea otro: el tener que librarse de un régimen de fuerza. La conquista del poder por las fuerzas de la violencia tiene siempre un destino incierto y su desempeño, por falta de control público, no ofrece necesariamente garantías de moralidad. Fatalmente el pueblo vése obligado a librarse de ellas, pero no contando para la lucha con iguales armas solo le es dado esperar el término de naturales procesos de descomposición gubernativa para reiniciar un período constructivo.

Claro resulta, entonces, que más lógico es que todos pongamos algún empeño en pro de una purificación democrática nacional, purificación que todo honrado ciudadano anhela cada día con más fervor, pero que propagandas extremistas retardan al perturbar el juicio de los argentinos respecto al procedimiento que debe seguirse para llevarla a feliz término.

Ahondando en el examen de los fenómenos sociales que se desarrollan en EE. UU., Sarmiento advierte que cuando se habla de la moral generalmente se la considera como código de preceptos para reglar la conducta del hombre frente a sus semejantes. Es decir que se considera al hombre como individuo y no como miembro de una colectividad. Por eso estima que “a la especie humana le falta un sentido” y piensa que a “la conciencia que regla las acciones morales entre los hombres, falta añadir otra que indique con la misma seguridad los deberes y derechos que constituyen la asociación, la moral en grande, obrando sobre millones de hombres, entre familias, completada más tarde por las leyes de la humanidad entera”.

“La población en masa de EE. UU., afirma, ha adquirido

este sentimiento, esta conciencia política.” (14). “Es un hecho que se ha venido preparando de cuatro siglos; es la práctica de doctrinas y partidos vencidos y rechazados de Europa y que con los peregrinos, los puritanos, los cuáqueros, el habeas corpus, el parlamento, el jury, la tierra despoblada, la distancia, el aislamiento, la naturaleza salvaje, la independencia, etc., se ha venido desarrollando, perfeccionando, arraigando.”

En ciudades europeas Sarmiento había gozado del espectáculo que ofrecían los prodigios de las ciencias y las maravillas de las artes, pero en pueblos y campañas las condiciones de vida de sus numerosos pobladores le habían entristecido y rebelado.

En EE. UU., en cambio, veía campesinos instruídos, que vivían cómodamente, que se interesaban por cualquier mejoramiento, que gozaban de libertad religiosa y política. En toda la nación la convivencia de las gentes estaba regida por principios humanitarios y democráticos. Había igualdad en las costumbres y formas. No eran los vestidos, como en otras partes, signos del grado de civilización alcanzado por cada uno. “No hay chaqueta ni poncho, sino un vestido común y hasta rudezas comunes de modales que mantienen las apariencias de igualdad de educación.” (15).

Para Sarmiento la libertad no dependía simplemente de la perfección de las instituciones, ni podía ser mero contentamiento del sentimiento de la dignidad humana, sino consecuencia de valores positivos, económicos e industriales.

“Vegetan, decía, los pueblos que carecen de una parte de las libertades públicas, se extenuan en la obscuridad y la

(14) *Obras de Sarmiento*. Tomo V, p. 397.

(15) *Obras de Sarmiento*. Tomo V, p. 358.

decrepitud los que carecen de todas ellas. Brilla en la escena del mundo la Inglaterra que más libertad ostenta; pasman y asombran los prodigios de engrandecimiento y de riqueza de los EE. UU., merced a sus libertades públicas Los que quieren separar la libertad de la prosperidad de los Estados se olvidan de que Holanda, Tiro, Sidón, Cártago, pueblos libres de épocas anteriores, fueron al mismo tiempo que libres, ricos, emprendores, navegantes, industriales y comerciantes.” (16).

Y aunque los pueblos fueran atrasados debían tener en su concepto una constitución libérrima, que si bien no realizable, constituiría siempre un noble programa.

“Por todas partes, dice, se han hecho ensayos para hacer descender los principios fundamentales, que la conciencia humana reconoce como bases de todo derecho y de toda justicia, a la capacidad del pueblo a que se destinan las constituciones que los truncan, violan o conculcan. El hecho práctico, sin embargo, ha mostrado la vanidad e insubsistencia de tales temperamentos.”

El examen detenido de las opiniones de Sarmiento sobre el pueblo norteamericano indica que no fueron exageradas; revelan, sí, entusiasmo, penetración y rapidez en la observación y acierto en las predicciones.

Admira el interés que se tomaba por todas las manifestaciones del progreso y la facilidad con que asimilaba y difundía conocimientos útiles. Según las ocupaciones o preferencias de sus amigos les transmitía datos sobre educación, descubrimientos, agricultura, etc. y para poder generalizar su obra de difusión fundó una revista trimestral que denominó “Ambas Américas”.

(16) Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento. *Sarmiento*. Tomo III, p. 261.

Con razón se ha dicho que fué el primero en preocuparse por la "cooperación intelectual" sintiéndose sinceramente americano en el amplio sentido de la palabra. Por eso podríamos reformar su célebre fórmula diciendo que fué porteño en provincia, provinciano en Buenos Aires y argentino y *americano* en todas partes.

Es que Sarmiento estaba animado por un generoso sentimiento de bien público que extendía fuera de los límites de su patria. Por eso criticaba el aislamiento en que España había mantenido sus colonias, aislamiento que veía prolongarse después de la independencia. Por eso, en todas partes donde estuvo, de paso o radicado, exilado o en misión oficial, colaboró eficazmente en obras relacionadas con la educación, factor que consideraba el más importante para el progreso de los pueblos y el más caro para su alma de maestro.

Si una visita a E.E. UU. realizada en el año 1845 cambió repentinamente el rumbo de las ideas de un observador y pensador profundo, de un luchador de recio carácter, es de imaginarse el efecto que puede producir en quienes lo visitan hoy, después de casi un siglo de incesante progreso y en momentos en que Europa, víctima de una barbarie científicamente organizada, revive los instintos más salvajes del hombre, desencadenando el odio y el exterminio que anulan nobles valores de su civilización.

Tremendo es el contraste que ofrece una nación donde reina el espíritu de colaboración y la vida es fácil y cómoda, frente a un continente ensangrentado, enloquecido y empeñado en extender por el mundo sus extravíos.

El progreso alcanzado por E.E. UU. no es solamente material, el espiritual que se insinúa y preocupa desde los primeros días de la colonia ha llegado también a un nivel muy alto.

Estados Unidos es el país de los fuertes contrastes. Afán de acumular riquezas y largueza para desprenderse de las mismas en beneficio de la cultura. Por eso los institutos de enseñanza superior, de investigación científica y artística, los

museos y bibliotecas se crean y perfeccionan con el apoyo particular de ricos negociantes.

Interés material y sensibilidad espiritual; por eso las empresas nobles y desinteresadas encuentran también los recursos necesarios. Hay, pues, en EE. UU. capacidad y medios para hacer rendir el trabajo de las máquinas y del intelecto y clima propicio para que fructifiquen los empeños idealistas.

Una visita a EE. UU., aunque rápida, da la impresión de un país que, seguro de su potencialidad multiforme y guiado por un espíritu emprendedor y por una conducta disciplinada, sabe realizar lo que se propone. De un país donde las divergencias de opinión si bien provocan acaloradas discusiones, no anulan ni detienen la marcha del progreso; por el contrario, lo estimulan. De la libre discusión acerca de la forma de encarar un problema (aspecto sobresaliente y beneficioso de las auténticas democracias) surge la necesidad de una rectificación oportuna o, en cambio, el fortalecimiento y prestigio del criterio y orientación con que fuera emprendida su solución.

Grande es el progreso alcanzado por EE. UU. y grande también su porvenir. Un pueblo como el norteamericano, que guarda consideración al trabajador, cualquiera sea su actividad; un pueblo que es disciplinado, que tiene sentido de responsabilidad en sus funciones, por modestas que ellas sean; un pueblo que tiene el sentido del deber para con la sociedad en que vive, y que lo manifiesta en numerosas y grandes obras de bien común; un pueblo que no solamente quiere y respeta a los niños y a los hombres, sino también a las flores, a los árboles y a los animales; un pueblo con estas virtudes tiene, sin duda, una gran potencialidad para progresar material y espiritualmente de manera continuada y acercarse así, sin violencias, al ideal de una sociedad justa, donde los hombres trabajen en orden para vivir una vida agradable.

Estas condiciones del pueblo norteamericano, factores de su progreso, no se destacan por cierto en nuestro ambiente.

Muchos son los autores que han estudiado las características diferenciales de Norte y Sud América, Joaquín Edwards Bello (17), chileno, piensa que el "norteamericano de tipo medio tiene las mismas ideas generales de segunda clase que el iberoamericano de tipo medio; eso si es más disciplinado; cree en la ley, la acata y respeta a los hombres de gobierno; es más recto y su alma más serena, por cuanto el reconocimiento de los méritos, la idea de que la virtud en cualquier orden obtiene su premio, le hace más fuerte y confiado. Posiblemente el americano del sud por sus condiciones de vida en más de un siglo se irritó hasta devenir inferior. En todo caso, un individuo de nuestra América, trasladado a medios más amplios y generosos dá mejores resultados."

Y para otro autor latinoamericano F. García Calderón (18), peruano, en Sud América "domina un disolvente individualismo". "Forma de anarquía contraria a todo propósito colectivo, a la organización y a la unidad, que engendra permanente discordia. Envidia niveladora, hechos personales, confusión de la libertad con la dispersión, de la organización con la tiranía, hallamos en las inquietas democracias. El orden y la ley parecen organizaciones injustificadas a este personalismo agresivo. Ignoran la solidaridad, los egoísmos exasperados. Es herencia española semejante anarquía, degeneración del noble espíritu ibérico que defendió, contra monarcas centralistas, sus fueros, sus municipios libres, la dignidad humana de que participan, en esa vasta democracia, caballeros, místicos, aventureros y pícaros."

Y la mayor parte de nosotros estimamos de manera semejante nuestro ambiente.

Lo malo de Hispano América no son las condiciones personales de sus habitantes como individuos, porque bien sa-

(17) JOAQUÍN EDWARDS BELLO, *Nacionalismo Continental*, p. 34. Ed. Ercilla. Santiago de Chile, 1935.

(18) FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN, *La creación de un continente*, p. 75. Ollendorff. París, 1912.

bemos que por lo general son morales, inteligentes y vivaces, sino las que ellos acusan como miembros de una colectividad, condiciones negativas, pues no solamente carecen de espíritu de colaboración sino que, con frecuencia, la envidia y los celos les hace oponer reparos y hasta obstáculos a las buenas iniciativas y obras de otros que bien merecerían auspicio y apoyo, o, cuando menos, beneplácito.

La enunciación de los problemas y la crítica por la crítica misma, entre nosotros pareciera muchas veces ser lo primordial y cosa secundaria y accidental la acción realizadora.

No es correcto aconsejar una imitación de todo lo norteamericano, porque hemos nacido y desarrollado de manera diferente, pero sí estimo necesario divulgar el conocimiento de las virtudes de ese pueblo laborioso, amante de la libertad y de la justicia y empeñarse por desarrollar entre nosotros el culto a esas virtudes que constituyen poderosos factores de progreso y bienestar.

En estos momentos de confusión, hondas disidencias en la política interna han creado en muchos un estado de escepticismo, de abandono espiritual y descontento que es campo propicio para la propaganda extremista y para la intriga antidemocrática que difunde alarmas y recelos aludiendo a presuntos designios imperialistas de EE. UU.

La lealtad a la Patria y a la causa de la libertad exigen que en el examen de los problemas internacionales y en nuestras actitudes defensivas frente a los imperialismos procedamos con inteligencia. Hay que saber discriminar en el razonamiento y defenderse contra las acciones extrañas que se proponen impresionar en el ánimo de los argentinos.

A este propósito he de insistir una vez más en la necesidad de considerar que en la lucha que hoy se desarrolla en el mundo, con una violencia y extensión jamás sospechadas, juegan su suerte, junto a ciertos imperialismos políticos y económicos, la moral y la cultura occidental. Por eso aparecen defendiendo una misma causa usufructuarios de monopolios y privilegios y hombres e instituciones desinteresadas de los

negocios, idealistas que velan por la dignidad del espíritu y por el progreso de la cultura. Luchan así, juntos, quienes teniendo preocupaciones y propósitos fundamentalmente distintos, aman y necesitan para sus actividades del imperio de la libertad. Anhelan los idealistas y lo admiten ya los negociantes, que después de la borrasca se impondrá un reajuste en la vida social que restringirá la libertad, hoy sin límites, del capitalismo en favor de la del hombre, a fin de que éste pueda vivir con más dignidad y justicia.

La situación internacional requiere, pues, clara comprensión en sus problemas y decidido apoyo a la causa de las democracias, que es nuestra causa. La situación interna de los países americanos exige una intensa acción patriótica, acción que no ha de ser simplemente formal y bullanguera, proclamadora de grandezas nacionales y de providenciales destinos. La acción patriótica de esta hora de refirmación de principios y de rectificación de conducta, ha de ser profunda y animada de un anhelo reformador que establezca el imperio de la moral y de la legalidad y el sentido de responsabilidad.

JOSUE GOLLAN (H.)

